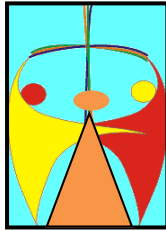


RELIGIOSOS TERCARIOS CAPUCHINOS  
Provincia del Buen Pastor  
Curia Provincial  
Apartado: 486 – 2150  
SAN JERÓNIMO DE MORAVIA, MORAVIA  
COSTA RICA



Teléfono: 506 22940935  
[provincial@amigonianosbp.org](mailto:provincial@amigonianosbp.org)  
[secretario@amigonianosbp.org](mailto:secretario@amigonianosbp.org)

*“Comunidades de vida y misión”  
“Para que sean uno, como nosotros somos uno” (Jn 17, 22)*

Prot. N° 093/2013

San Jerónimo de Moravia  
13 Junio 2013.  
21 aniversario Declaración Venerable P. Luis Amigó

**Documento de reflexión y estudio dirigido a los Reverendos Religiosos  
Capitulares. VII Capítulo Provincial Buen Pastor.  
San Jerónimo de Moravia, Costa Rica, 23 – 29 Julio 2013**

**CON LUCIDEZ Y AUDACIA**

**Informe del Ministro General al Capítulo Extraordinario del 2006**

**Saludo “EL SEÑOR OS DÉ LA PAZ”**

Gracias, Señor, por tu bondad. Gracias, Señor, por tu fidelidad, pues has renovado entre nosotros, con la efusión de tu Espíritu, la gracia de Pentecostés, y has llamado a una multitud de hermanos de países distintos, de razas diversas, de lenguas y culturas diferentes, para que formasen parte de una única *familia unida en Cristo*. Gracias, Señor, porque en María de Nazaret, «*virgen hecha iglesia*» (*SalVM* 1), *Madre de misericordia*, y *Medianera de toda gracia*, nos diste una Madre, la madre del amor hermoso, y hoy permites a sus hijos encontrarse reunidos en su casa, en torno a ella. Gracias por tu siervo, hermano y padre nuestro Francisco, que después de 800 años sigue siendo «*forma minorum, virtutis speculum, recti via, regula morum*».

**Introducción CERTEZAS ÍNTIMAS**

**EL EVANGELIO AÚN ES EVANGELIO**

5. Ésta es la primera de mis certezas. El Evangelio sigue siendo la noticia, bella como la gracia, y ardiente como el amor, que transforma a quien la recibe con corazón de niño: «*Yo te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y en-*

*tendidos y las revelaste a los pequeñuelos» (Mt 11, 25).* El Evangelio sigue siendo manantial de bienaventuranza para quien, como María de Nazaret, lo acoge con corazón pobre y disponible: «*Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).* El Evangelio sigue siendo camino de libertad para quien, como Francisco, lo acoge en su inmediatez, en su frescura, en su radicalidad. El Evangelio sigue siendo Evangelio, cuando cada uno de nosotros, aun contando con nuestras pobreza, se atreve a vivirlo.

Queridos hermanos: Volvamos al Evangelio, porque volver al Evangelio es volver a Cristo, el único que puede justificar nuestra vida. Volvamos al Evangelio, porque volver al Evangelio es revivir *la gracia de los orígenes*. Volvamos al Evangelio y nuestra vida recobrará la *poesía*, la belleza y el encanto de los orígenes. Volvamos al Evangelio y seremos rescatados de nuestras miserias y de nuestras esclavitudes, de nuestros miedos y de nuestras tristezas, y rescataremos a nuestros hermanos los hombres de sus miserias y esclavitudes, de sus miedos y tristezas. Volvamos al Evangelio y respiraremos aire puro, y nuestras propuestas serán nuevas, y la inteligencia, valentía, generosidad, fidelidad de tantos hermanos, gastadas sin reservas y sin restitución, darán fruto, y fruto abundante.

### **ESTAMOS EN UN MOMENTO DE CRISIS**

6. Vivimos un momento de crisis, mejor aún, vivimos en la crisis. *Crisis* significa un momento de paso marcado por tiempos de dificultad, a veces de desorientación y seguramente de sufrimiento, en los que emergen interrogativos, necesidades y urgencias inesperadas que llevan a una nueva opción, y que – al final- hacen que emerja casi una nueva identidad. En este sentido bien podemos paragonar la *crisis* con un cruce de caminos, ante el cual la persona tiene que elegir lo que intenta ser. Es, por lo mismo, un período de prueba, de búsqueda, de discernimiento y de sufrimiento, pero también de crecimiento, de novedad. La *crisis* requiere las actitudes propias del que camina en el desierto, es decir, la constancia en el camino, el silencio para la escucha, la necesidad de un guía, la libertad interior y la pobreza para esperar y disponerse a recibir ayuda. La *krisis* es el discernimiento, el juicio, la urgencia de ir más allá.

Ir mas allá, pasar a la otra orilla...(cf. *Mt 8, 18; 9,1; 14, 22*) ¿Tendremos la valentía y la osadía de hacerlo? ¿Tendremos la valentía y la osadía de poner el vino nuevo en odres nuevos? (cf. *Mc 2, 22*). ¿Tendremos la valentía y la osadía de «*volver a lo esencial... para nutrir desde dentro, con la oferta liberadora del Evangelio, a nuestro mundo fragmentado, desigual y hambriento de sentido*»? ¿Tendremos la valentía y la osadía de volver a «*los manantiales de agua viva*» (*Jr 2, 13*), «*acoger el Espíritu*» y disponernos a «*nacer de nuevo*» (*Jn 3, 3*)? ¿Tendremos la valentía y la osadía de alargar el espacio de nuestra tienda? (cf. *Is 54, 2*). Sólo una respuesta positiva a estos interrogantes hará de la *crisis* un momento de gracia, a pesar de que pone en movimiento un período de sufrimiento y de purificación dolorosa –como diría san Juan de la Cruz-, un camino en el desierto, un salir de la tierra hasta ahora conocida, como Abrahán, sin saber ni a donde se va ni qué es lo que sucederá (*Gn 12, 1ss*).

Pero, para dar una respuesta positiva a estas preguntas es necesario, ante todo, *vencer el miedo*. El miedo de nosotros mismos, de la debilidad de nuestro camino, del carácter extremadamente vulnerable de cuanto intentamos hacer. Sentimos necesidad de seguridad. El miedo, que parece defendernos y protegernos, en realidad nos amarra a grandes o pequeñas seguridades que nos hacen sentir cómodos, que nos permiten sentirnos bien. Y para ello es necesaria la *fe* en aquel para el cual nada hay imposible (*Lc 1, 37*), *fe* en el que hace nuevas todas las cosas (*Ap 21, 5*), *fe* en el que es «*la estrella brillante de la mañana*» (*Ap 22, 16*), *fe* en el que camina en medio de nosotros (cf. *Ex 34, 9*). Sin *fe*, sin confianza, sin abandono en el Señor, seremos

víctimas de nuestros análisis sin futuro, de nuestro realismo asfixiante, de nuestras pobrezas sin esperanza de superación.

Por otra parte siento que, si queremos pasar a la otra orilla, lo primero que hemos de hacer es romper el lenguaje que “dice la verdad”, pero falsamente. Decimos falsamente la verdad cuando hablamos de Francisco como «el hijo del viento, del Espíritu», y nos proclamamos itinerantes, y luego permanecemos anclados en nuestra “estaticidad”, en la rutina del «así se hizo siempre», en la esclavitud de las estructuras.

### **EL PRESENTE EXIGE DE NOSOTROS AUDACIA Y OSADÍA**

7. Estamos viviendo un tiempo nuevo. Se necesitan, por tanto, opciones nuevas, opciones alternativas: «*Vino nuevo en odres nuevos*» (Mc 2, 22). La fidelidad, hoy más que nunca, sufre de soledad, por eso debe ir siempre acompañada de la creatividad. Es necesario vivir el presente «*no sólo como memoria del pasado, sino como profecía del futuro*». Y para ello son necesarias audacia y osadía evangélicas. Audacia y osadía como antídotos contra el miedo: «*No tengáis miedo*», nos repite hoy el Señor, como hace siglos dijo a las mujeres que el primer día de la semana se acercaron al sepulcro (Mc 16, 6). Audacia y osadía como antídoto contra el realismo asfixiante: «*Todo lo puedo en aquel que me conforta*», debiéramos poder decir nosotros como Pablo (Fil 4, 13). Audacia y osadía que nacen de la certeza de que el Señor está siempre con nosotros: «*¿Por qué se turba vuestro corazón?*» (Lc 24, 38), «*Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28, 20). Sí, necesitamos audacia y osadía que nacen de la fe renovada en aquel para el que nada hay imposible (cf. Lc 1, 37).

### **EL PRESENTE EXIGE DE NOSOTROS LA FUERZA DE LA FE**

8. Sin fe, nada de esto es posible. Sin fe, el peligro de instalarnos, de repetirnos, de anular los sueños más profundos, de perder, poco a poco, la alegría que brota de la pasión en la vivencia de nuestra vocación y misión, es más que una posibilidad. Es el momento de ejercitarnos en la fe, de movernos desde la fe, de vivir de la fe. Sólo la fe nos permite ver que todo es gracia y que en todo se nos manifiesta el infinito amor que Dios nos tiene. Ésta es la fe que mueve montañas, la esperanza que pone en marcha a los hijos de la Iglesia, el amor que abre caminos hacia el futuro. Ésta es la vida que llena de paz el corazón de todos nosotros.

### **SAN FRANCISCO Y SU FORMA DE VIDA SIGUEN SIENDO ACTUALES**

Francisco nos *provoca*, nos llama a vivir con radicalidad el mensaje de Jesús, a “abrir el oído de nuestro corazón para escuchar atentamente la voz del Hijo de Dios” (CtaO 6), y a la total entrega de sí y de las propias fuerzas para la causa del Reino. Francisco nos invita a dejarnos tocar por la mano de Cristo, a dejarnos conducir por su voz y sostenernos por su gracia.

<p style="text-align: center;"><b>Primera parte</b> <b>RECORDAR CON GRATITUD EL PASADO</b></p>
--

### **CUSTODIOS DE LA MEMORIA**

Al volver la mirada hacia nuestro pasado, llevados del compromiso por la verdad, hemos de reconocer los errores cometidos, pero hemos de reconocer igualmente que nuestra historia está

llena de páginas heroicas que escribieron, muchas veces con su propia sangre y siempre con su testimonio, nuestros antepasados. Mientras por los errores cometidos no dudamos en pedir perdón, por todo el bien que el Señor ha realizado, queremos ser gratos y restituírsele «*al altísimo Señor Dios, de quien es todo bien*» (Adm 7, 4), con un canto de acción de gracias. Llamados a celebrar las maravillas del Señor en nuestra historia, queremos también *purificar nuestra memoria*, «*para reforzar nuestros pasos en el camino hacia el futuro, haciéndonos a la vez más humildes y atentos en nuestra adhesión al Evangelio*».

## Segunda parte **VIVIR CON PASIÓN EL PRESENTE**

**19.** La *pasión* es la respuesta de quien, sintiéndose amado con amor de predilección, se ha puesto en camino para seguir más de cerca, hasta las últimas consecuencias, las huellas de Jesucristo. La *pasión* explica el *testimonio* de nuestros mártires y de nuestros santos, el *ir* y *edificar* de nuestros evangelizadores, el atractivo y contagio de la vida de tantos hermanos nuestros – clérigos y laicos, «doctos e ignorantes»-, que dan brillo a nuestra historia.

Y puesto que la *pasión* por Cristo se transforma, necesariamente, en *compasión* por el hombre, la *pasión* está a la base del servicio callado y humilde tantas veces, pero precisamente por ello precioso a los ojos del Señor, de muchos hermanos nuestros que, al igual que el samaritano de la parábola, cuidan de quienes yacen «medio muertos» a la vera del camino (cf. *Lc* 10, 30ss).

De este modo, la *pasión*, que brota de un corazón profundamente enamorado, como el de Francisco y Clara entre otros, es la que da significatividad y visibilidad a lo que somos y hacemos en el momento actual, y es también la que nos anima a preparar con confianza nuestro futuro. Sin *pasión* no hay calidad de vida y la rutina, el cansancio, el fastidio, la resignación y el aburguesamiento fácilmente se hacen presentes en nuestra vida y misión.

¿Cómo hacer posible que nuestra vida y misión continúen siendo atractivas y despierten simpatía, no sólo para admirarlas, sino para dejarse seducir por ellas y comprometerse en ellas? Nuestra vida y misión ¿están animadas por la *pasión* y el *encanto* o por el *des-encanto*?

### I. ESPÍRITU DE ORACIÓN Y DEVOCIÓN

*Una fraternidad con el corazón vuelto al Señor para anunciar al mundo, con la vida y la palabra, que sólo Él es el Omnipotente.*

Los Hermanos Menores, llamados a vivir en la Iglesia el Evangelio según la forma observada y propuesta por Francisco de Asís, han de ser como él «*hombres de oración*», o mejor aún, hombres que se han hecho oración, hombres con la gracia de conocer, vivir y gozar el encuentro con el Señor.

Mantener encendido el espíritu de oración y devoción se hace imprescindible para mantener constante la frescura y la autenticidad de la gracia de los orígenes, y para responder con audacia y creatividad a los signos de los tiempos.

Mantener encendido el espíritu de oración y devoción es imprescindible para dejarnos conducir por el Espíritu al encuentro, siempre renovado, con el Padre celeste y con su Hijo Jesucristo.

to, a un amor ardiente por el Señor y por la humanidad, y a la comprensión cada vez más profunda de nuestro carisma.

Mantener encendido el espíritu de oración y devoción es imprescindible si queremos descubrir nuestras raíces y abrir caminos hacia el futuro.

Mantener encendido el espíritu de oración y devoción es imprescindible para dinamizar nuestra vida fraterna, pues es en la contemplación del abismo de amor de la vida trinitaria donde aprendemos, con la obediencia filial, el amor que da consistencia a la vida en comunión fraterna.

Mantener encendido el espíritu de oración y devoción es imprescindible si queremos caminar desde Cristo y ser testigos de su amor entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Sólo si mantenemos el espíritu de oración y devoción como prioridad real en nuestras vidas podremos llegar al descubrimiento de Cristo y ser sus testigos y sus apóstoles: «*No podemos callar lo que hemos visto y escuchado*» (Hch 4, 20).

### **Pasar de la oración por obligación a la oración para el encuentro**

Hemos de hacer todo lo posible para ver en la oración un tiempo privilegiado de encuentro con aquel que sabemos que nos ama. La oración hecha por simple obligación termina por ser oración abandonada por puro cansancio. El deseo de encuentro con quien nos ama, lejos de provocar saciedad, despertará en los hermanos un deseo cada vez mayor de renovar la experiencia vivida. La oración no puede ser vista sólo como una obligación, sino como el alimento indispensable de nuestra vida. Y es que, si vida es amar, y si ama sólo quien se siente amado, alcanzado y transformado por el amor, orando uno se deja amar por Dios y nace al amor, nace a la vida. La inmersión en Dios es lo que nos da fuerza cada día, el anhelo por el que cualquier pérdida, cambio o esfuerzo resulta aceptable.

### **Pasar de la observancia a la fidelidad creativa en la oración**

Una fidelidad, la del amor, que “no tiene forma” y, por lo mismo, toma formas tan diversas en cada hermano, en cada fraternidad y en cada momento de esta historia de relación. Por otra parte, cuando el amor está vivo y seductor, es también creativo, y entonces nacerán nuevas formas de orar. Enriquecer nuestra oración con nuevas formas de expresión y de participación que respondan a las situaciones personales y fraternas y a la sensibilidad de hoy es importante si queremos realmente ser fieles a esta exigencia de nuestra vida.

### **Convertir la oración en alma de nuestra actividad**

Con frecuencia separamos la oración del trabajo apostólico, separamos los “tiempos para la oración” de los “tiempos para la acción”, olvidando que la calidad y la fecundidad de nuestra actividad, también de nuestra evangelización, dependen directamente de la experiencia contemplativa y corriendo el riesgo de “hacer por hacer”. Lo que distingue al consagrado —y también al franciscano— no es simplemente lo que hace, sino cómo lo hace y por qué lo hace. Todo lo que hacemos debe estar animado y sostenido por la oración, debe hundir sus raíces en una oración asidua, paciente y perseverante. Ello nos llevará a encontrar a Dios en la densidad y espesor de la vida. Como en el caso de Francisco, también en el nuestro, la oración debe ser como el substrato, el mantillo del que se nutre la planta de nuestra vida y llegaremos a ser, no sólo orantes, sino también oración.

## II. LA VIDA FRATERNA EN COMUNIDAD

### *Una fraternidad en obediencia caritativa y servicio mutuo para dar testimonio de la reconciliación en Cristo por encima de toda fractura*

La palabra clave para interpretar nuestra vida y nuestra misión, en cuanto Hermanos Menores, es la palabra *fraternidad*. Somos una fraternidad. En la fraternidad acogemos a los hermanos que el Señor nos da; en la fraternidad, cultivando los valores humanos, caminamos hacia la madurez humana, cristiana y franciscana; en la fraternidad acogemos la Palabra del Señor, y desde la fraternidad, como hermanos, vamos al mundo para anunciar la Buena Noticia. Si preguntamos al bienaventurado Francisco de Asís, quién eres tú; él nos responderá: soy el hermano Francisco. Y si le pedimos que nos hable de su vida, él, con palabras de *Testamento*, nos hablará sólo de dones de su Señor, de obras de Dios, de gracia de Dios, pues el Señor le dio el comenzar a hacer penitencia, el Señor le dio fe en las iglesias, el Señor le dio fe en los sacerdotes que viven según la forma de la santa Iglesia Romana, el Señor le dio hermanos. De la misma manera que no podríamos entender la vida del bienaventurado Francisco sin la gracia de la penitencia y la sencillez y certeza de su fe, tampoco se puede entender sin la presencia de los hermanos que el Señor le ha dado. La vida y la misión de un Hermano Menor no se pueden entender sin la gracia de la penitencia, sin la fuerza de la fe, sin los hermanos que el Señor quiera darle.

La fraternidad franciscana, como toda vida fraterna en comunidad, es participación en la comunión trinitaria, y nace de la conciencia viva de que somos «*hijos del Padre celestial y hermanos de Jesucristo en el Espíritu Santo*». La fraternidad es pues, antes de cualquier otra cosa, un don que hemos de acoger con gratitud. Pero es también una tarea que supone esfuerzo y empeño para construirla, respetando siempre la persona del hermano, don de Dios, tal como es.

La más alta vocación del hombre es «*entrar en comunión con Dios y con los otros hombres, sus hermanos*». «*La vida fraterna en común se ha manifestado siempre como una radicalización del común espíritu fraterno que une a todos los cristianos*».

### **Nuevo rostro de nuestras fraternidades**

A pesar de las dificultades experimentadas, bien podemos hacer nuestro el diagnóstico que el documento *Vida fraterna en comunidad* hace de la vida consagrada en general. «*Existe –afirma dicho documento– una opinión generalizada de que la evolución de estos últimos años ha contribuido a hacer madurar la vida fraterna en las comunidades. En muchas de ellas el clima de convivencia ha mejorado; se ha facilitado la participación activa de todos; se ha pasado de una vida en común, demasiado basada en la observancia, a una vida más atenta a las necesidades de cada uno y más esmerada a nivel humano*».

Sí, ha mejorado la participación de los hermanos en la toma de decisiones, hemos mejorado en el respeto a la persona, en la capacidad de enfrentarnos en cuanto fraternidad a los conflictos, en el discernimiento comunitario, en la calidad humana. Nuestras comunidades hoy son «*menos formalistas, menos autoritarias, más fraternas, más participativas*». Se pasó de poner el acento sobre lo comunitario a ponerlo en la dimensión fraterna, entendiendo las fraternidades más como lugar de comunión, «*donde las relaciones son menos formales y donde se facilitan la acogida y la mutua comprensión*».

### **Desencanto y escepticismo**

Sobre nuestra vida fraterna en comunidad pesan las sombras particularmente densas del desencanto y del escepticismo, alimentadas, no pocas veces, por resultados poco satisfactorios,

que no se corresponden con el esfuerzo realizado para conseguirlos. El pasar del decir al hacer, del diagnóstico a la terapia, del programa a la vida, del carisma a la realidad del día a día, no tiene nada de fácil.

Si no queremos sucumbir a esta tentación hemos de ser realistas y asumir que construir fraternidad no es nada fácil, sino que lleva consigo ascesis y sacrificio, y que no es posible sin la entrega de cada uno; hemos de asumir las dificultades como retos y no como derrotas, y hemos de enfrentarnos a los conflictos con madurez, tacto y atención, sin forzar las cosas. Esto exige respeto, comprensión, humildad y diálogo, sin cortar nunca la comunicación afectiva, ni buscar un chivo expiatorio. Construir fraternidad lleva consigo también aceptar con serenidad un sano y legítimo pluralismo.

No se trata de vivir en fraternidades ideales, que no existen, sino de llevar una vida fundada en la caridad, la fe, el perdón, la aceptación de cada uno como es: con sus cualidades y flaquezas. Nos ha tocado vivir un tiempo de edificación y construcción continuas. La unidad que estamos llamados a construir es una unidad que se establece a precio de la reconciliación. Creo muy urgente el que, desde el comienzo de la formación inicial, preparemos a nuestros hermanos más jóvenes a ser constructores de fraternidad y no sólo consumidores, a ser responsables unos de otros y a recibir a los demás, en su diversidad, como un don de Dios.

### Las divisiones

46. A pesar del camino ya recorrido en la construcción de la fraternidad, sigue habiendo divisiones entre nosotros. Las divisiones tienen siempre su origen en el pecado de orgullo. Éste es el que hace degenerar en división de los hermanos visiones diferenciadas de la vida franciscana, o modos distintos de entender la misión y empuja a algunos hermanos a formar grupos de poder, para alcanzar dentro de ellos privilegios. Las divisiones son una negación visible de lo que nuestra identidad exige: Ser y manifestarnos como hermanos, que acogen al “otro” como un don del Señor a la fraternidad (cf. *Test* 14). ¿A qué hemos venido a la Orden?, ¿qué es lo que nos mantiene dentro de la fraternidad?

### Las carencias en la comunicación

Hemos mejorado mucho en el campo de la comunicación, pero todavía queda mucho camino por recorrer para alcanzar un nivel de comunicación que nos ayude a crecer juntos. Veo que nuestra comunicación adolece de superficialidad. Solemos comunicar lo que hacemos, comunicamos menos lo que pensamos, y todavía menos lo que sentimos y proyectamos. Veo sobre todo deficiente entre nosotros la comunicación de los bienes del Espíritu, una comunicación de la fe y en la fe. Consecuencia amarga de todo ello es el «desconocimiento» recíproco de los hermanos. No nos conocemos verdaderamente, a niveles de conocimiento que sería lícito suponer -y aun exigir- entre quienes hemos sido llamados a amarnos y cuidarnos recíprocamente «*con mayor diligencia que una madre ama y cuida a su hijo carnal*».

No nos engañemos, la falta y pobreza de comunicación genera, antes o después, debilitamiento de la fraternidad. Es necesario crear en nuestras fraternidades sistemas de comunicación abierta, humilde y sincera. Y dado que no existen recetas mágicas, aquí también hemos de ser creativos, recordando que sin una comunicación normal, fluida, sincera, una fraternidad no avanza ni humana ni espiritualmente. Para llegar a una comunicación auténtica, es necesario crear ambiente de confianza, sinceridad y transparencia, hacerse uno vulnerable a los demás. Sin estos ingredientes y sin la vivencia de los valores humanos de educación, control de sí, delicadeza,

sentido de humor, capacidad de diálogo, cortesía..., nunca llegaremos a una comunicación que nos lleve a crecer en el seguimiento de Jesucristo.

### **La invasión de los medios de comunicación**

Vivimos «invadidos» por los medios de comunicación, particularmente por la televisión, Internet, los teléfonos móviles. No pocas veces, esto condiciona fuertemente la comunicación y por ello también la vida fraterna. Los medios de comunicación son buenos si se usan con discreción, son nefastos si nos hacemos esclavos de ellos. Se impone una mayor austeridad y discreción en el uso de los medios de comunicación. Se impone también una educación adecuada para la utilización de dichos medios, en orden al crecimiento personal y fraterno en la forma de vida que hemos abrazado por la profesión.

### **Individualismo**

La del individualismo es tentación presente en todos los tiempos, pero parece que en los nuestros, esta tendencia al aislamiento y al egoísmo en las relaciones, se ha manifestado con renovado vigor. A veces tengo la impresión de que no tenemos tiempo para pensar en los demás – porque los propios problemas nos ocupan demasiado-, o de que impera entre nosotros la ley del sálvese quien pueda. He constatado muchas veces que nos falta tiempo para estar con los demás: tiempo para orar juntos, tiempo para comer juntos, tiempo para recrearnos juntos. Veo con tristeza que el individualismo de muchos hermanos está destruyendo, como un cáncer maligno, su identidad franciscana; como también observo que el trabajo asumido por los hermanos se puede transformar para ellos en ocasión de aislamiento; y lamento que a veces los lugares de misión se escojan con el inadmisibles criterio de satisfacer intereses individuales, olvidando que siempre somos enviados de la fraternidad y que siempre somos enviados como hermanos.

Frente a la cultura del subjetivismo que nos arrastra al individualismo, a prescindir del otro, hemos de optar por la cultura de la fraternidad, que me lleva a asumir que mi «yo» no puede existir sin el «tu» y que nuestra realización como consagrados y como Hermanos Menores pasa a través de la vida fraterna. Hemos de continuar creciendo en el sentido de pertenencia recíproca: Los demás me pertenecen y yo les pertenezco. Es este un aspecto de nuestra vida que hemos de tener muy presente en la formación, tanto inicial como permanente.

### **El ministerio del guardián**

41. El ministerio del guardián se está revelando fundamental en la construcción de la fraternidad. En estos años, la experiencia y la reflexión nos han ayudado a ver, en el oficio de los guardianes, un ministerio al servicio de la comunión de los hermanos con Dios y entre sí, un ministerio que anime en la fraternidad el seguimiento de Cristo, un ministerio al servicio del Evangelio -máxima autoridad en la fraternidad-, del carisma y de cada hermano, un ministerio de acompañamiento espiritual por el cual el guardián debe inspirar, suscitar y exigir una respuesta íntima, sincera y responsable, de tal modo que cada hermano y la entera fraternidad vivan y lleven a cabo su vocación y su misión.

### **De la vida en común a la comunión de vida**

Muchos de nosotros hemos sido formados más para llevar una vida en común que para la comunión de vida, más para la observancia de reglamentos y normas que para la vida en fraternidad. Nuestra «*vocación específica a la vida de comunión en el amor*», está exigiendo de nosotros



ser personas «forjadas interiormente por el Dios de la comunión benigna y misericordiosa, y comunidades maduras donde la espiritualidad de comunión es ley de vida».

Para lograr meta tan alta y significativa, no basta programar actividades, es necesario, sobre todo, «promover una espiritualidad de comunión», proponiéndola como dimensión fundamental e imprescindible en cualquier etapa de formación, tanto inicial como permanente.

La comunión de la que hablamos no puede entenderse solamente «hacia dentro de la fraternidad», debe extenderse también «hacia fuera de ella». Comunión con la Iglesia y, concretamente, con los Pastores. Una comunión «de mente y de corazón», vivida con «lealtad y testimoniada con nitidez», que presupone una relación efectiva y afectiva. Comunión con los demás institutos de vida consagrada, particularmente con los que forman la Familia franciscana. Ello nos permitirá descubrir las raíces comunes evangélicas y acoger juntos, con mayor claridad, la belleza de la propia identidad en la variedad de nuestros respectivos carismas. Para ello es necesario favorecer los encuentros entre congregaciones, la solidaridad recíproca y la colaboración en proyectos de evangelización. Si dolores, gozos y preocupaciones son de todos, no parece aceptable que afrontemos el futuro en dispersión. Finalmente, la comunión con los laicos, en especial con los seglares franciscanos. La Iglesia es una, y las diversas vocaciones han de ser acogidas y vividas en la unidad misteriosa del Pueblo de Dios

Este «camino de comunión» ha de ir acompañado de algunos «sacramentos de comunión» que, a la vez, la manifiestan y la potencian. En este sentido, se han de cuidar los espacios para la escucha y el encuentro: de los hermanos entre sí, de los hermanos con sus pastores, de los hermanos con los demás religiosos –particularmente con los más cercanos a nuestras raíces carismáticas-, y de los hermanos con los laicos. El paso de la vida en común a la vida de comunión fraterna exige conversión, exige cambiar la mentalidad y, sobre todo, el corazón. ¿Estamos dispuestos a ello? Nuestra pedagogía/metodología formativa, ¿favorece una formación para la observancia de la vida comunitaria, o una formación para la vida de comunión en fraternidad?

### **De la centralidad del hacer a la necesaria armonía entre el ser y el hacer**

El activismo pone en peligro no sólo el proyecto evangélico de vida, tal como lo proponen la *Regla*, las *Constituciones* y las *Prioridades*, sino también la misma salud física y mental de los hermanos. Como indiqué anteriormente, son muchos los que no tienen tiempo para el Señor, ni para los demás miembros de la propia fraternidad, ni siquiera para sí mismos. Nuestra «actividad absorbente», y a veces nuestra «generosidad patológica», hace que otras dimensiones fundamentales de nuestra vida se vuelvan irrelevantes, particularmente la vida fraterna en comunidad.

Sin justificar el ocio y el «estar ocupados todo el día en no hacer nada», hemos de recuperar con urgencia el justo equilibrio entre el hacer y el ser. Considero urgente que hagamos opción por un «proyecto de vida ecológico», equilibrado, un proyecto que ponga cada cosa en su sitio, según la jerarquía que a cada una corresponde en nuestra forma de vida. Optar por una *jornada ecológica* que esté animada por el proyecto de vida personal y fraterno; una jornada en la que haya tiempo para la oración personal y fraterna, tiempo para el estudio, tiempo gratuito para estar con los hermanos, tiempo para la reflexión, tiempo para la confrontación, tiempo para uno mismo. En la construcción de la *jornada ecológica*, el *proyecto de vida -personal y fraterno-* se presenta como una mediación muy importante, pues favorece el discernimiento personal y comunitario, con todo lo que el discernimiento lleva consigo: estar juntos, comunicarse, escucharse con respeto, llegar a un cierto consenso. En este sentido, el *proyecto personal y fraterno* de vida es un fuerte antídoto contra uno de los “tumores” de nuestra vida fraterna: el individualismo.

### **De la obsesión por la eficiencia/eficacia al gozo por el ágape**

Nuestra sociedad mide el éxito del esfuerzo por la rentabilidad obtenida. Y no sólo: con demasiada frecuencia valora a las personas por lo que producen, aportan o cotizan, o por lo que aparentan. Esta lógica puede llevar a la exclusión de muchos hermanos que aun valiendo, no producen, ni aportan, ni aparentan. Ante este peligro, más que hipotético, si queremos realmente potenciar la vida fraterna en comunidad, se hace necesario *descubrir el valor del hermano* por lo que realmente es: Don del Señor (cf. *Test.* 14). Se impone, también, descubrir y valorar adecuadamente la gratuidad: Se ama al hermano, no por lo que es capaz de hacer o aportar, sino simplemente porque es hermano, *uno que me pertenece*, «regalo de Dios, un don para mí».

Sólo quien hace este doble descubrimiento podrá experimentar el gozo del *ágape*: amor gratuito y sacrificado que lleva a compartir las alegrías y los sufrimientos de los hermanos, «amor oblativo» que se ocupa del otro y se preocupa por el otro. Sólo quien hace este doble descubrimiento podrá «*dar espacio al hermano*», ofrecer al otro «*una verdadera y profunda amistad*», hasta llegar a saltar las barreras que de otro modo las diferencias harían insalvables. No se trata de edificar fraternidades gratificantes, sino de amar al hermano aun cuando de su parte no encuentro respuesta alguna.

Se trata de una verdadera conversión, que implica la mente, nuestro modo de pensar, de situarnos ante la vida y sus problemas, de hacer opciones, y los criterios con que valoramos a las personas. Se trata de estar alerta con nosotros mismos para no ceder a la tentación de la eficiencia en un mundo donde ésta parece autorizar el que se pisotee el *ágape*. Se trata de asumir en la vida cotidiana la convicción de que la verdadera eficacia cristiana y franciscana está en el *ágape*, al cual todo lo demás se debe subordinar. ¿Qué esperamos de la fraternidad? ¿Nos situamos en ella como verdaderos constructores a base de *ágape* o como simples consumidores? ¿Para qué nos formamos y formamos, para sentirnos bien en la fraternidad o para ser semejantes a Cristo, hacer como él ha hecho, amar como él ha amado?

### **De la simple amistad, o de la afinidad de intereses, a una familia unida en Cristo**

En la vida de nuestras fraternidades locales, provinciales, y en la fraternidad universal es fácil constatar la existencia de grupos cerrados, nacidos de intereses partidistas, o por simple amistad que no tienen en cuenta la dimensión de fe que supone nuestra fraternidad. En ambos casos se generan divisiones, que poco o nada tienen que ver con una fraternidad franciscana que se autodefine como «*familia unida en Cristo*», en la que por encima de todo se ha de buscar y amar a Dios y en la que los hermanos hemos de intentar aceptarnos unos a otros en nuestra propia realidad, tal y como somos y en plan de igualdad, «*por encima de la diversidad de caracteres, cultura, costumbres, talentos, facultades y cualidades*»; por encima de la amistad o del interés.

El progreso en la vida fraterna en comunidad va de la mano del camino de fe de cada hermano, y del camino de fe de la fraternidad. Si falta la fe como fundamento de la fraternidad, antes o después, ésta desaparecerá, y su lugar lo ocupará o un grupo de amigos o una comunidad de trabajo o un conjunto de individuos unidos mientras pueden satisfacer los propios intereses, y que cuando esto no suceda se convertirá en un «campo de batalla», en el que siempre caerán derrotados los más débiles.

### **De la actitud del fariseo a la actitud del publicano**

La fraternidad es un don y una tarea. Como un don la acogemos con gratitud; como tarea hemos de comprometernos seriamente en su construcción y crecimiento. Con gozo hemos de reconocer que entre nosotros son muchos los que trabajan sin descanso por ello, pero también

considero necesario reconocer que abundan los «consumidores» de fraternidad, aquellos que piensan que todo les es debido. De hecho no es raro constatar que los que más exigen de la fraternidad son, a menudo, los que más la ignoran. Éstos olvidan que la verdadera fraternidad «*no existe sin la entrega de cada uno*».

Para participar activamente en la construcción de la vida fraterna en comunidad es imprescindible tener la valentía de reconocer las heridas que los unos causan a los otros. Es necesario vivir la gratitud por lo que se recibe y la humildad por lo que no sabemos dar. Es la actitud del publicano, de quien se cree culpable, y no la del fariseo, de quien se cree justo, la que construye la fraternidad. Es necesario reconocer que la fraternidad ideal no existe, y que nos acercamos a ella en la medida en que sepamos aprovechar la *gracia* de las debilidades humanas y estemos dispuestos a restablecer la unidad, siempre que se rompa, al precio de la reconciliación. Será importante recordar que sólo quien tiene conciencia de necesitar el perdón, lo ofrecerá a los demás.

La conciencia de nuestra propia debilidad nos ha de llevar a pedir *la corrección fraterna*. Ésta es importante para abrírnos los ojos, para objetivar conductas y actitudes y para recordarnos nuestro «*propósito*», a fin de que, «*con paso ligero*», sin que nos dejemos envolver «*por tiniebla alguna ni amargura*», podamos «*avanzar con mayor seguridad en el camino de los mandatos del Señor*».

### III. MINORIDAD, POBREZA Y SOLIDARIDAD

*Una fraternidad de menores, pobres y solidarios, peregrina y extranjera por los caminos del mundo en pos de las huellas de Jesús, para proclamar el valor de todo hombre y de toda criatura.*

La minoridad (pobreza interior, humildad de corazón), la pobreza (el vivir *sine proprio*) y la solidaridad (responsabilidad de la suerte de los otros) caracterizan y cualifican nuestra *vida fraterna en comunidad*, pues describen nuestro modo de ser hermanos, nuestro modo peculiar de vivir y anunciar el Evangelio en el corazón de la Iglesia y en los claustros abandonados del mundo. Somos una fraternidad de “menores”.

Vivir en minoridad, sin propio y siendo solidarios, es hacer nuestra la forma de vida con que Francisco vivió en su tiempo la opción por el Evangelio, forma de vida que él mostró “con la palabra y el ejemplo” (*TestCl 5*), y que, en último término, consiste en hacer propios los sentimientos de Cristo. Ser menores, vivir sin propio y ser solidarios, tiene ciertamente consecuencias sociales, pues conlleva un cierto despojo exterior e interior, sentirse siervos de todos, obligados a servir a todos (cf. *2CtaF 2*), renunciar al poder sobre los otros, estar con los pobres y ver el mundo con sus ojos. En cualquier caso, la motivación profunda es siempre exclusivamente evangélica, pues indica el movimiento de quien opta por seguir «*más de cerca el Evangelio y las huellas de nuestro Señor Jesucristo*», lo cual comporta: *despojarse* para servir y *humillarse* para escuchar, obedecer y compartir.

Por otra parte, desde que Dios se manifestó *menor, sin propio y solidario* con todos en la persona del Hijo, resulta manifiesto que la minoridad, el vivir sin propio y la solidaridad son lugares privilegiados de encuentro con Dios y que, en consecuencia, sólo quien no se reserva nada para él mismo (cf. *CtaO 29*) será capaz de acogida y de servicio.

#### Opción por una vida sobria y esencial

59. Un importante signo de vida es la opción que muchos hermanos y varias de nuestras fraternidades, e incluso Entidades, han hecho de llevar una vida sobria y esencial, motivados por

la radicalidad evangélica y la llamada a la solidaridad con tantas personas que carecen de lo indispensable. Esto ha llevado a muchas fraternidades a compartir los espacios de la propia casa con los pobres y ofrecerles comida (comedores para pobres), acogida, particularmente para los sin techo, primeros auxilios de salud, orientación profesional...

### **Promotores de justicia y heraldos de paz**

60. Otro signo positivo de nuestra opción por la minoridad, la pobreza y la solidaridad, es el hecho de que en muchos hermanos ha crecido el compromiso en favor de la justicia, la paz y la integridad de la creación, mostrando de este modo una especial solidaridad con quienes no tienen voz, en nuestro mundo de mercado y de violencia, participando activamente en la defensa de los derechos humanos y en la denuncia de la violación de los mismos. Las muestras de solidaridad se ven, también, en muchas de nuestras actividades educativas, asistenciales, pastorales y de promoción humana. En este contexto es particularmente significativo el esfuerzo de muchos hermanos en trabajos en favor de los enfermos de sida, de lepra, o con adicciones destructivas (droga, alcohol...), así como en favor de la educación integral de la persona en escuelas, colegios y universidades.

### **Lugar social que ocupamos**

64. Es innegable el éxodo que muchos hermanos y fraternidades han realizado desde el *centro* a la *periferia*. Son muchas las opciones concretas que van en esta dirección. Pero también es innegable, sería de ciegos no verlo, que nuestro lugar social sigue siendo, en la mayoría de los casos, el de siempre: el de los que pertenecen a la clase media/alta. Nuestras *Constituciones* nos piden que adoptemos «*la vida y condición de los pequeños de la sociedad, morando siempre entre ellos como menores*». Nos piden llevar un estilo tal de vida tal que nadie se sienta distanciado de nosotros, nadie, y menos aún los pobres. Nos piden ofrecer un «*patente testimonio profético contra los falsos valores de nuestros tiempos*».

### **Nuestra herencia: la altísima pobreza**

La herencia de la altísima pobreza se pierde cuando ocupan su lugar las «economías personales», peculios formados desde la apropiación indebida de lo que en «justicia franciscana» pertenece a la fraternidad. La herencia de la altísima pobreza se pierde cuando los hermanos renuncian a *vivir los unos hacia otros*, renuncian a vivir en mutua dependencia, que es lo mismo que renunciar a vivir en la *obediencia verdadera*. La *altísima pobreza*, con todo lo que ella comporta, caracterizó a Francisco y nos ha de caracterizar a nosotros, Hermanos Menores.

### **Que ahondemos en la comprensión del voto de pobreza**

68. Para muchos hermanos, el voto de pobreza tiene apenas una dimensión individual, y es entendido en relación casi exclusiva con las cosas. Desde una *perspectiva ecológica*, el voto de pobreza nos pone dentro de un movimiento de interdependencia y de solidaridad hacia dentro y hacia aquellos y aquellas a quienes les son negados los bienes de la creación y la participación en la cadena de la vida. Desde esta perspectiva, el voto de pobreza es un antídoto contra la tentación de acumular para el tiempo de las *vacas flacas*. Es el antídoto contra la irresponsabilidad que comporta *la cultura del desperdicio*, presente, sin duda, también entre nosotros.

El voto de pobreza ha de ser interpretado y vivido como el voto de la solidaridad, acompañada de la reciprocidad. Doy y recibo. Sin la reciprocidad, la solidaridad podría causar dependen-

cia y terminar siendo bochornosa para aquellos que, dentro y fuera de la Orden, son «objeto» de una «pseudo solidaridad». «*Es la hora* -decía Juan Pablo II-, *de una nueva fantasía de la caridad*» que lleve a un acercamiento a los últimos y excluidos, a una «*comunidad fraterna con todos los menores de la tierra*».

El voto de pobreza ha de ser interpretado y vivido, también, como el voto de la libertad que nos lleva a vivir realmente *sine proprio*, como quería Francisco, y nosotros hemos prometido. La pobreza evangélica y franciscana libera de todo lo que frena e impide la entrega radical al Señor y el servicio liberador a los hermanos, principalmente a los más necesitados. En este sentido, sólo el pobre es auténticamente libre. Libre del mañana, principal preocupación de los gentiles (cf. *Mt* 6, 31-32); libre de las cosas superfluas que almacenamos en «nuestros graneros»; libres de tantas ideas que nos encadenan al pasado; libres de los proyectos individuales al margen de la fraternidad; libres como Francisco, abiertos a las sorpresas del Señor.

### **Que asumamos como gracia el trabajo**

El trabajo pertenece a la condición del hombre según el proyecto de Dios. Y para nosotros Hermanos Menores, el trabajo es además *gracia*. El trabajo es *gracia*, en primer lugar, porque es un don de Dios (cf. *2R* 5, 1), «*quien dice y hace todo bien*» (*Adm* 8, 3). El trabajo es *gracia* porque nos pone en relación con los demás, particularmente con los más pobres. El trabajo, en especial el trabajo manual y los trabajos humildes, es uno de los signos que mejor pueden entender los pobres (y no sólo ellos), en medio de los cuales moramos y con los que compartimos vida y condición. Por eso hemos de preferir aquello en lo que brilla el testimonio de vida franciscana y el aspecto de solidaridad y de servicio a los pobres. El trabajo es *gracia*, porque, además de permitirnos ser menos gravosos a los demás, pues nos ofrece «*las cosas necesarias para el cuerpo*» (*2R* 5, 3). El trabajo es *gracia*, en fin, porque nos hace colaboradores del Dios creador.

Precisamente porque es *gracia*, nadie tiene derecho a apropiarse ningún tipo de trabajo. Sería apropiarnos indebidamente de lo que no nos pertenece y, por lo tanto, sería *blasfemia* contra el Altísimo. Por este motivo el trabajo, cualquier tipo de trabajo, ha de ejercerse en actitud de *restituir* al Señor lo que de él se ha recibido. Esto significa que hemos de permanecer libres y prontos a dejar un trabajo e iniciar otro necesario. En este sentido, la actitud de restitución, que hace de nosotros verdaderos itinerantes, será un verdadero antídoto contra las muchas formas de dependencia y esclavitud que frenan nuestro avance hacia la libertad del pobre y del verdadero creyente, que viven y gozan de la presencia activa del Espíritu. Por otra parte, si no nos pertenece el trabajo, tampoco nos pertenece el fruto del trabajo. Para los hermanos, es de justicia hacer partícipes a los demás del fruto del propio trabajo, lo que tiene mucho que ver con la solidaridad.

El trabajo, para el Hermano Menor, no es una opción potestativa, sino respuesta a un don, respuesta vocacional, que ha de ser generosa y perseverante. Por otra parte el trabajo no es un valor absoluto en la vida de los hermanos. En ésta hay una jerarquía de valores. El Espíritu de oración y devoción ocupa el primer lugar (cf. *CtaA* 2), es el primer *trabajo* o dedicación del Hermano Menor.

Dejando clara esta jerarquía de valores y uniendo el trabajo a la minoridad y a la pobreza (cf. *2R* 5, 4-5), Francisco nos enseña que el trabajo «franciscano» tiende a asegurar una fraternidad fundamentada en el ser, es decir, en la calidad de vida, en la que tiene una gran importancia la minoridad y la pobreza. Y, el bien del cual todo procede y al cual todo vuelve, para Francisco, es Dios: «*todo, nuestra riqueza a saciedad*» (*AID* 4).

### **Que pasemos de una economía individualista a una economía fraterna, transparente y solidaria**

Los hermanos separamos con demasiada facilidad opciones relativas a la economía y vivencia de los valores esenciales del franciscanismo. En el mejor de los casos relacionamos la economía con la pobreza. Por otra parte, fácilmente pensamos que las opciones evangélicas que hemos profesado, han sido hechas, son vividas y han de ser evaluadas sólo individualmente, dejando a un lado sus implicaciones comunitarias y fraternas. Y, sin embargo, de las opciones económicas que hagamos se podrá deducir claramente si hemos iniciado o no un estilo de vida conforme a lo que hemos profesado.

Hemos de constatar, como ya insinuamos anteriormente, que entre nosotros hay demasiadas desigualdades económicas, desigualdades que son verdaderas injusticias. Hay economías paralelas, cuentas personales, hermanos que retienen lo que reciben por el trabajo que realizan. Hay hermanos que utilizan notables cantidades de dinero para sus intereses personales o para entregar a sus familias, sin el necesario discernimiento de las circunstancias concretas por parte de Ministros y fraternidades. La situación en muchos casos es grave. Algunos Visitadores me lo han hecho notar en sus *Informes* después de las Visitas Canónicas. Además, con el dinero injusto vienen otras muchas cosas que son incompatibles con nuestra forma de vida y que todos conocemos. ¿Cómo se puede justificar todo esto? No ciertamente desde nuestro ser hermanos, no desde la *Regla* o *Constituciones*. Ningún modo de economía paralela u oculta es justificable. Entonces, ¿qué hacer?

No podemos seguir así. Hemos de cambiar. Hemos de pasar del *ocultismo* económico a la transparencia total. Ésta crea libertad y serenidad en las relaciones fraternas. Una economía paralela u oculta será siempre motivo de tensiones y manifestación de la falta de libertad, además de ser una falta contra el vivir *sin propio* que hemos prometido. Según el uso que los hermanos hagan del dinero y el modo en que los hermanos den cuentas a los otros del dinero usado, se creará confianza o se crearán tensiones en la fraternidad.

Por otra parte no basta con que la economía sea transparente. Ha de ser también fraterna, y para ello se exige que sea además solidaria. La solidaridad será consecuencia de una opción radical por vivir *sin propio*, es decir, por vivir *despojados* de la propia seguridad económica.

### **Que seamos testigos y promotores de la justicia, la paz y la reconciliación**

Vivimos en un mundo lacerado por injusticias de todo tipo, flagelado por la violencia y roto por la falta de reconciliación. Ante esta situación, tengo la impresión de que todavía no tomamos muy en serio estas llamadas. Es más, tengo la impresión de que con demasiada frecuencia vivimos de espaldas a la dura realidad en que viven muchos de nuestros contemporáneos. Necesitamos “abrir puertas y ventanas” para escuchar el grito de los pobres, para ver las injusticias que sufren tantos hombres y mujeres, nuestros hermanos y hermanas. Sería un buen comienzo reconocerlo. Sería el primer paso en nuestro camino de conversión.

Este compromiso forma parte de nuestra identidad. No podemos renunciar a esta dimensión de nuestra vida. No podemos cruzarnos de brazos ante la violación de los derechos humanos, no podemos ser pasivos espectadores ante las diversas formas de violencia. En la situación actual, ¿qué nos está pidiendo el Evangelio, para que seamos, *aquí y ahora*, testigos y promotores de justicia, paz y reconciliación?

## IV. EVANGELIZACIÓN-MISIÓN

*Una fraternidad que se nutre del Evangelio para ofrecer a la humanidad, inquieta y en búsqueda de sentido de la vida, la Palabra que es espíritu y vida*

Hemos sido llamados para evangelizar. Hablar de evangelización es, por tanto, hablar de nuestra vocación y de nuestra razón de ser en la Iglesia y en el mundo. Si la misión no es una simple actividad de la Iglesia sino que pertenece a su mismo ser, la evangelización no puede ser considerada como una tarea más en la vida de una comunidad franciscana, sino como su tarea, en la que se expresa en profundidad su vocación cristiana. La evangelización no es una misión que debemos desarrollar, sino que es la misión para la cual existimos: «*No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca*» (Jn 15, 16).

### **Búsqueda de nuevas formas de Evangelización**

Como han hecho los demás Institutos de vida apostólica, animados también nosotros a «*vivir el carisma con formas nuevas*», impulsados a buscar actividades de evangelización «*que respondan a las nuevas exigencias*», movidos a descubrir, estimular y celebrar aquellas iniciativas que buscan encarnar con creatividad y radicalidad el Evangelio, nuestra fraternidad ha ido cambiando la *geografía ocupacional*, nos hemos abierto a nuevos ministerios y a nuevas necesidades eclesiales y sociales: trabajo con minorías étnicas, con drogadictos, con enfermos del Sida y con toda clase de nuevos «*leprosos*» y de «*excluidos*» de la sociedad.

Consecuencia de todo ello es que hoy son muchos los hermanos que viven en contextos culturales, sociales y religiosos, en los que evangelizan con el diálogo, la solidaridad y el compromiso por la paz, la reconciliación y la justicia.

### **Redescubrimiento del testimonio de vida como primera forma de evangelización**

«*La aportación específica que los consagrados y consagradas ofrecen a la evangelización está, ante todo, en el testimonio de una vida totalmente entregada a Dios y a los hermanos, a imitación del Salvador que, por amor del hombre, se hizo siervo*». En estos años, gracias también a la profundización en el conocimiento de las Fuentes Franciscanas, hemos comprendido mejor la unión indisoluble que hay entre evangelización y testimonio de vida de los llamados a evangelizar. La proclamación silenciosa del Reino de Dios con el testimonio de la propia vida es el primer modo de evangelización que los Hermanos procuran ofrecer allí donde moran. La evangelización-misión debe partir de nuestra comunión existencial con Cristo, sabiendo que cuanto más unidos estemos a él, tanto más fecunda será nuestra actividad evangelizadora, y que «*cuanto más se vive de Cristo, tanto mejor se le puede servir en los demás, llegando hasta la avanzadilla de la misión y aceptando los mayores riesgos*». Quiere ello decir que todo lo que hagamos en vista de la evangelización todo ha de encontrar aliento en una vida de oración constante: Es la vida entera la que debe estar inmersa en un clima de oración, de adoración, de abandono y de acción de gracias.

También se va asimilando el fuerte nexo que hay entre evangelización-misión y comunión de vida en fraternidad. Francisco, como Jesús, envió a sus hermanos de dos en dos, nunca de uno en uno. Somos fraternidad «*en misión*», enviados como fraternidad. Partimos de la fraternidad y volvemos a la fraternidad. Al menos en el terreno de los principios, estamos convencidos de que no puede haber fraternidad franciscana sin misión, ni misión franciscana sin fraternidad.

Teniendo en cuenta nuestra forma de vida también está claro que no se puede separar nuestra obra evangelizadora de nuestra vocación a la minoridad, pobreza y solidaridad. Porque somos menores, somos servidores de todos, renunciando a ejercer cualquier tipo de poder o dominio sobre los demás. Porque somos pobres, nos dejamos evangelizar por los pobres. Y porque somos solidarios, alargamos nuestra tienda para hacer nuestros *«los gozos y las tristezas de los más pobres y de los que más sufren»*.

Finalmente, desde hace algunos años tenemos más claro que la evangelización no puede separarse de una formación adecuada a las exigencias de hoy. Sólo una formación sólida podrá ayudarnos a poner el Evangelio en el corazón de la cultura actual. Sin una formación de calidad no puede haber una evangelización de calidad.

### **Despertar de la misión ad gentes**

Nuestra Fraternidad se ha sentido llamada a ir siempre más lejos para estar siempre más cerca de todos, para encontrar y servir a todos, sin distinción de razas, lenguas, culturas y religiones. Esto la ha llevado a abrir, hace algunos años, el Proyecto África, el Proyecto Tailandia y el Proyecto Rusia Kazakistán, y en los últimos años, después del Capítulo General del 2003, a abrir nuevas presencias misioneras en Miamar, Burkina Faso, Namibia, Sudán. En algunos de estos lugares el Señor nos está bendiciendo con nuevas vocaciones y algunas de las nuevas Entidades han asumido la responsabilidad de la *«implantatio Ordinis»* en *«nuevos territorios»*. Al mismo tiempo se han hecho esfuerzos considerables por intensificar nuestra presencia misionera en lugares tan significativos como Tierra Santa y Marruecos.

Lo hermoso de estos Proyectos misioneros es que son Proyectos de la Orden, por lo que participan en ellos hermanos que, procedentes de distintas Entidades y de muy distintas culturas, forman fraternidades internacionales e interculturales. Especial mención, en este sentido, merece la apertura de la Fraternidad *Notre Dame des Nations*, en Bruselas, para la formación de los que *«movidos por divina inspiración»* van en misión *ad gentes*, y la erección de la nueva fraternidad de *Santa María Draperis*, en Estambul, con el objetivo específico de trabajar en el diálogo interreligioso y ecuménico, una nueva forma de misión *ad gentes*.

### **Falta de un proyecto de evangelización específicamente franciscano**

Falta un *Proyecto de evangelización* específicamente franciscano, es decir, con un estilo de vida donde estén presentes los valores centrales del carisma franciscano: el espíritu de oración y devoción, la comunión de vida en fraternidad, la minoridad, pobreza y solidaridad, el compromiso por la justicia, la paz y la integridad de la creación..., no sólo individualmente sino en fraternidad.

### **Insuficiente preparación para una evangelización de calidad**

Es verdad que tenemos hermanos bien preparados para llevar a cabo los diferentes trabajos de evangelización: preparación intelectual y preparación técnica. Pero también es verdad que en muchos casos falta una preparación adecuada, teórica y práctica, que dé calidad a nuestro trabajo. Se sigue improvisando demasiado, casi presuponiendo que los hermanos servimos para todo y se olvida que sólo una formación sólida, que incluya también una formación intelectual adecuada, *«nos permitirá comprender los problemas del hombre contemporáneo»* y nos posibilitará un diálogo fecundo con la cultura actual, de tal modo que podamos poner el Evangelio en el corazón mismo de dicha cultura.



## *Pasar de una evangelización de conservación a una “nueva evangelización”*

«Nueva evangelización» es encontrar nuevos caminos para llevar a todos el Evangelio, para hacer que todos conozcan el Reino de Dios. La necesidad de apostar por la *nueva evangelización* -llamada insistente de parte de la Iglesia misma-, es una consecuencia de habernos dejado interpelar por la Palabra revelada, por las necesidades de la gente, y por sus preguntas sobre el sentido de la existencia, pues Palabra, necesidades y preguntas están reclamando de nosotros la elaboración de «*nuevas respuestas para los nuevos problemas..., nuevos proyectos de evangelización para las situaciones actuales*».

Sin dejar de prestar atención a la acción litúrgica, a la administración de los sacramentos y a las prácticas de devoción, hemos de trabajar para recuperar la centralidad de la fe, motivando a los bautizados a ser agentes activos de evangelización. Sin olvidar a los bautizados comprometidos en la construcción del Reino, hemos de volver nuestra mirada particular a la multitud de bautizados no evangelizados, a las nuevas realidades de nuestro tiempo, a la inmensa movilidad de la gente y al extraordinario fenómeno de la migración. Sin olvidar *las noventa y nueve ovejas del redil*, hemos de salir en busca de *la oveja perdida*, pues también ella es destinataria del Reino.

En estos momentos no se trata tanto de intensificar cuantitativamente el mensaje, sino de cualificarlo, haciéndolo legible, transparente, contagioso y eficaz. En este deseo de cualificar el mensaje considero esencial que la proclamación del Evangelio parta de su centro, de la eterna novedad del amor de Dios manifestado en Jesús. Jesús en cuanto salvador de todos los hombres ha de ser el objetivo principal y el contenido esencial de la nueva evangelización. En este sentido me parece imprescindible que nuestra evangelización parta del Evangelio, esté centrada en la Palabra de Dios, esté centrada en la Palabra encarnada que es Cristo Jesús, Buena Noticia del Padre a la humanidad. Al mismo tiempo, en el actual contexto de secularismo que viven muchos países donde estamos presentes, se debe considerar como elemento determinante la presencia de signos vivos y transparentes, capaces de manifestar la presencia del Señor y de interpelar de este modo las conciencias.

En este compromiso de cualificar el mensaje, es indispensable también el *testimonio vivo de la caridad*, ya que el amor, vivido con radicalidad evangélica, es la presencia más transparente de Dios, la que más interpela y la que más fácilmente lleva a descubrir el tesoro de la fe. En pocas palabras, el testimonio de vida evangélica y el amor, en sus exigencias evangélicas, es lo que mayormente cualifica el mensaje que intentamos transmitir a través de la evangelización.

La interpelación que nos lanzan los *nuevos areópagos*, y la exigencia para todos nosotros de ser testigos del amor, nos están pidiendo la *fantasía de la caridad*, que en nuestro caso bien podríamos traducir por *creatividad apostólica*, o *nuevas formas de evangelización*.

Si a nosotros, en cuanto consagrados, se nos pide una presencia profética en la Iglesia y en el mundo, no podemos dejar de sorprenderlos con nuevas formas de presencia y de evangelización, según las necesidades de nuestro tiempo. La conciencia de ser enviados al mundo para testimoniar y proclamar el Evangelio, nos dará movilidad y audacia para ir en medio de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y compartir con ellos, en su situación concreta, la siempre joven y gozosa Buena Nueva del Reino de Dios.

Es el momento de la creatividad, de la audacia, de dar una respuesta a los hombres de nuestro tiempo, convencidos de que no somos más que servidores de una Palabra que nos trasciende”. Es el momento de ir a las fronteras de la evangelización, a «*los claustros olvidados, los claustros*

*inhumanos». Es el momento de alargar el espacio de nuestra tienda (cf. Is 54, 2) «para hacer nuestros los gozos y las tristezas de los más pobres y de los que más sufren».*

### **Pasar de un proyecto de actividades evangelizadoras a un proyecto franciscano de evangelización**

Dado que la *«forma original de nuestra evangelización radica en el testimonio de la fraternidad»*, la evangelización no puede pensarse al margen de nuestra forma de vida. Dicho de otra manera, si queremos que nuestras actividades evangelizadoras sean realmente fecundas, hemos de cuidar la calidad evangélica de nuestra vida.

Para nosotros, Hermanos Menores, vocación y misión, lejos de ser dos realidades distintas, forman una única realidad: viviendo conforme a la forma de vida evangélica que hemos profesado, anunciamos, proclamamos y evangelizamos; y cuando evangelizamos estamos respondiendo a nuestra vocación. La misión/evangelización franciscana exige, por tanto, que entre lo que vivimos y lo que proclamamos haya un “diálogo” permanente. La fecundidad de nuestra evangelización no depende tanto de las técnicas o medios que utilizamos –la evangelización no es una campaña publicitaria-, cuanto del “fuego del Espíritu” que abrasa el corazón. La calidad evangélica de la vida es un elemento decisivo en la consistencia del anuncio. Ni vida sin misión, ni misión sin vida.

Necesidad de dejarnos evangelizar para poder evangelizar. Evangelizar es, ante todo, un testimonio –el testimonio de la propia vida- y no una “lección”. *«El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan».* *«Creí, por eso hablé»* (2Cor 4, 13). Todo evangelizador debe vivir esta experiencia de la que Pablo nos habla. No basta con realizar tareas de evangelización, es necesario ser *«evangelio viviente»*. No podemos contentarnos con proponer y predicar a los otros la Palabra, hemos de permitir que la Palabra se encarne en nosotros. *«Lo que oímos, lo que vieron nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos...eso que vimos y oímos os lo anunciamos ahora»* (1Jn 1, 1. 3).

Como Pablo, el evangelizador debe ser una persona alcanzada, transformada y motivada por el Evangelio. Hoy ya no se trata sólo de una proclamación del Evangelio, sino sobre todo de una confesión del Evangelio, de un contagio, y esto no es posible sin un encuentro personal del evangelizador con el Señor. El futuro de la evangelización dependerá mucho de la capacidad de testimoniar la Buena Noticia de Dios a la humanidad.

### **Pasar de una fraternidad sólo en misión ad intra, a una fraternidad también en misión ad extra**

Por motivos diversos, fácilmente podemos reducir la dimensión misionera de la Orden a la evangelización pastoral, justificándonos con decir que *«todo territorio es territorio de misión»*, disolviendo de este modo la misión en la pastoral ordinaria, y no prestando suficiente atención a las vocaciones específicamente misioneras.

Fieles a nuestra dimensión misionera *ad extra*, deberíamos seguir contribuyendo fuertemente a la vitalidad de la Iglesia misionera, seriamente comprometida en el anuncio del Evangelio a todos aquellos que no lo han escuchado todavía. En este momento hemos de trabajar intensamente para superar la tendencia ego-céntrica de repliegue y de cierre, de gestión de las necesidades inmediatas y urgentes de nuestras Entidades, tendencia que paraliza la apertura y la disponibilidad de personas y recursos a las necesidades de la Orden empeñada en la misión *ad gentes*.

## V. FORMACIÓN Y ESTUDIOS

*Una fraternidad nacida por divina inspiración, llamada cada día a la conversión y a la vida nueva para crecer como «fraternidad en misión»*

De la formación que damos y recibimos depende la renovación profunda de la vida consagrada. En el campo de la formación, en cuanto que ésta es proceso de conversión y exigencia de fidelidad, nos jugamos la verdad de lo que somos y la verdad de lo que hacemos como consagrados.

Sólo la formación, la del corazón, en el sentido más profundo que a la palabra «corazón» se le da en el lenguaje bíblico, nos permitirá ir descubriendo progresivamente la grandeza y la belleza de nuestra vocación y hará posible que nos fascine el rostro vivo de Cristo Jesús. Sólo una sólida formación integral de la persona permitirá a los hermanos responder a las llamadas que nos llegan de la sociedad y del hombre de hoy. La formación mantendrá alta la capacidad de significación de la vida franciscana y la pondrá, como signo profético siempre nuevo, “a la vista de todos”, a condición que sea totalizadora, integral y en armonía con los diversos contextos socio-culturales; esté anclada en el misterio de la comunión trinitaria; sea capaz de abarcar estas cuatro fidelidades: la fidelidad a Jesucristo y al Evangelio, a la Iglesia y a la misión, a la vida religiosa y a nuestro carisma, y a la humanidad y a los signos de los tiempos; y esté diseñada a partir de un modelo de integración. ¿Qué camino estamos haciendo en el campo de la formación y los estudios?

### *Nuestra vida como formación*

Esta reflexión, hecha a una con los demás Institutos de vida consagrada, nos ha llevado, entre otras cosas, a concebir nuestra vida de Hermanos Menores en sí misma como un proceso formativo que dura toda la vida y que, por lo mismo «no acaba nunca», de tal modo que no se puede hablar ya de fidelidad a la vocación franciscana sin hablar necesariamente de un proceso de formación que nunca se considera terminado; como tampoco se puede hablar de formación refiriéndose sólo a los primeros años de la vida en fraternidad, a la formación inicial, como si la formación fuese un mero proceso pedagógico de preparación a los votos solemnes.

### *Formación permanente*

Veo como primera llamada en el campo de la formación y estudios, la de dar una prioridad real a la formación permanente en nuestras fraternidades, en las Entidades y en la misma Fraternidad universal. De lo que hagamos en este campo dependerá ciertamente la vitalidad de nuestra *forma vitae* y su capacidad de ser significativa para los demás. Siendo la formación permanente el *humus* de la formación inicial, ésta, sin la formación permanente, nunca alcanzará adecuadamente los objetivos que le son propios. A pesar de los esfuerzos realizados y de los logros alcanzados, sigue habiendo un gran abismo entre la formación inicial y la permanente, o lo que es lo mismo, entre lo que proponemos durante los años de formación inicial y lo que realmente encuentran nuestros hermanos más jóvenes al integrarse en las fraternidades *normales* de nuestras Entidades. El desfase entre formación inicial y vida de las fraternidades –primera y principal forma de formación permanente- con frecuencia da razón de los abandonos de la vida franciscana que se producen en los primeros años después de la profesión solemne.

### *Formación práctica*

Veo necesario tener una concepción de la formación más en consonancia con los documentos de la Iglesia y de la Orden. Nuestra formación sigue siendo demasiado conceptual y poco

práctica. Puede que cultive oportunamente nuestra inteligencia, pero poco afecta el corazón, a los sentimientos, y poco tiene que ver con las manos, es decir, que influye poco en la vida de cada día. Creo que muchas veces no alcanza tampoco los pies, pues ni parte de la realidad de los sujetos en formación, ni transforma su realidad más profunda. Si la formación es *«un itinerario de asimilación progresiva de los sentimientos de Cristo hacia el Padre»*, la formación, la inicial y la permanente, o incide en la vida y la transforma, o no es formación.

### **Pasar de una formación para la observancia a una formación en y para la fidelidad**

La observancia es sólo parte de la fidelidad. Se puede ser observante y no ser fiel. Nuestra vida tiene como objetivo último seguir *«más de cerca a Jesucristo»*. Una primera exigencia de la formación es pues la *de formar en y para la fidelidad* a una persona: la persona de Jesús. No queremos seguir una ideología, sino una persona, la persona de Jesús. Jesús debe situarse, por tanto, en el centro mismo de todo el proceso formativo. De ahí que el servicio primero y principal que puede y debe prestar al hermano la formación, es el de ayudarlo a descubrir a Jesús como persona, para luego amarlo como amigo.

Este encuentro personal con Cristo Jesús no se ha de dar por supuesto en la vida de los hermanos. Sólo quien descubra a Jesús como persona y como amigo podrá darlo todo por él. Sólo así las exigencias más radicales del seguimiento de Jesús podrán ser fuente de gozo. Jesús no puede aparecer a los ojos de los hermanos como el rival de la propia realización, sino como el amigo que todo lo pide, porque antes todo lo ha dado. Sólo así será posible confesar con Tomás: *«Señor mío y Dios mío»* (Jn 20, 28) o con Francisco: *“Deus meus et omnia”*: Mi Dios, mi bien, todo mi bien, el sumo bien (cf. AID 3). Sólo una persona que se haya encontrado realmente con Cristo, que se haya dejado seducir por la hermosura del Señor y haya gustado de su amistad, sólo ella estará en disposición de venderlo todo y seguir al Señor con la radicalidad que tal seguimiento comporta: hasta la muerte (cf. Lc 18, 28).

### **Formar en y para la perseverancia en el don de nosotros mismos**

La fidelidad de la que hemos hablado implica perseverancia en el don. El “para siempre” es una dimensión esencial del don que pretende ser total. Lo que es total, es perpetuo, es definitivo, al menos en su intencionalidad. Por su semejanza con la entrega de Cristo, la entrega del creyente en la vida consagrada y, en consecuencia, también en la vida franciscana, es, en palabras de Pablo VI, *«don absoluto e irrevocable»*.

La vida consagrada es una vocación o llamada de Dios a seguir *«más de cerca»* a Jesús. Ahora bien, en Dios llamar es dar, y puesto que la vocación es don, éste es definitivo: *«pues los dones y la vocación de Dios son sin arrepentimiento»* (Rom 11, 29). Dándonos el don de la vocación, nos da también una permanente capacidad de respuesta, porque *«fiel es Dios»* (1Cor 1, 9). Nuestra fidelidad no se apoya, por tanto, en los “carros y caballos” o en nuestra “sabiduría” y en nuestra fuerza. Dios escogió a los débiles para confundir a los fuertes..., *«para que nadie pueda gloriarse ante Dios»* (1Cor 1, 29). *«Todo lo puedo en aquel que me conforta»* (Fil 4, 13), dirá Pablo. La perseverancia en la entrega de la propia vida, no se apoya en nuestras propias fuerzas, sino en la fidelidad inquebrantable de Dios.

### **Formar en la responsabilidad y la libertad**

Responsabilidad y libertad van de la mano. El proyecto formativo debe tener presente esta doble exigencia. Debe ayudar a crecer en una libertad que lleve a asumir con seriedad y respon-

sabilidad la opción vocacional y, como consecuencia, a vivir «*con coherencia y en plenitud los compromisos libremente asumidos*», como donación total de uno mismo.

La formación debe dar y exigir responsabilidad al mismo tiempo. En este contexto se entiende que la formación, sin caer en la rigidez, ha de ser, sin embargo, exigente. La exigencia forma parte del crecimiento de las personas, quienes, para alcanzar la madurez requerida, necesitan ser estimuladas, animadas, impelidas a dar lo mejor de sí mismas, de acuerdo con sus posibilidades. Por otra parte, la exigencia y la radicalidad forman parte del seguimiento de Jesús, tal como lo proponen los Evangelios y la forma de vida franciscana.

La formación franciscana ha de formar para la corresponsabilidad, para la animación vocacional de los demás. Desde un principio, el hermano ha de tomar conciencia de haber sido llamado a vivir en fraternidad, lo que comporta, entre otras cosas, que cada uno es responsable, no sólo del don que él ha recibido, sino también de la vocación de los hermanos que el Señor ha puesto a su lado para vivir la misma *forma de vida*. Es necesario, por tanto, formar para ejercitar y recibir la corrección fraterna, de tal modo que al mismo tiempo que se acepta con humildad la corrección que nos viene de los hermanos, tengamos la valentía de corregir, movidos por el amor, al hermano que *peca*.

### **Formar para vivir la pasión por Cristo y la pasión por la humanidad**

La vida consagrada y franciscana sólo será verdaderamente significativa si está animada por una gran pasión por Cristo y por la humanidad; sólo será un signo «a la vista de todos», legible para los hombres y mujeres de hoy, si está animada por un gran ardor por Cristo y la humanidad, por el deseo vehemente de acercar a todos los hombres al amor infinito de Dios por la humanidad, amor manifestado en la persona de su Hijo.

Las circunstancias no parecen las más propicias para que se irruman en nuestra vida pasión por Cristo y ardor por la humanidad. Es necesario, por tanto, formarnos y formar para despertar en nosotros mismos y en los demás esta pasión. Para ello será necesario descubrir y ayudar a nuestros jóvenes a que descubran al Señor como «*el bien, todo bien, sumo bien..., la belleza, el gozo, la esperanza, la alegría, la riqueza a saciedad*» (cf. *AID* 1ss). Sin este descubrimiento que agarre el corazón no será posible el enamoramiento y sin enamoramiento no será posible la pasión. Al mismo tiempo, puesto que no hay pasión por Cristo sin pasión por la humanidad, la formación franciscana debe desembocar en un compromiso existencial (pasión) por la humanidad, particularmente por la “humanidad crucificada”, por los pequeños, los pobres, los que sufren, los excluidos y los más necesitados, como lugares en los que somos llamados a contemplar el rostro viviente de Cristo.

Para despertar y potenciar la pasión por Cristo considero necesario: Formarnos y formar en la experiencia de fe, como raíz, corazón y fundamento de nuestra vida y misión; formarnos y formar en la interioridad, frente a la supervaloración de las apariencias; percibir los momentos personales de soledad y de contemplación como exigencia para el encuentro con la propia interioridad, como un don y una exigencia del encuentro con el Señor y con los demás; profundizar la propia vocación y misión mediante la familiaridad con la Sagrada Escritura, de tal modo que podamos fundamentar el camino personal y fraterno –discernimiento personal y comunitario–, sobre la Palabra de Dios; experimentar la vida sacramental –particularmente el sacramento de la reconciliación y de la Eucaristía– como momentos fuertes del encuentro con el Señor, con nosotros mismos y con los demás. Formarnos y formar en lo esencial (prioridades), formarnos y formar en la austeridad y en la minoridad; formarnos y formar en la cultura del diálogo, de la acogida y de

la hospitalidad; formarnos y formar en una espiritualidad encarnada; hacer opciones, no sólo experiencias momentáneas, que nos lleven a compartir la vida de la gente, particularmente de los más pobres, que nos lleven a abrazar, en la caridad, a los *leprosos* de nuestros días.

## **VI. LA DISMINUCIÓN NUMÉRICA Y LA FRAGILIDAD VOCACIONAL**

No creo demasiado en las estadísticas. Mi desconfianza nace de cuanto nos dice la Sagrada Escritura al respecto y de algunas experiencias vividas en los últimos años. Para el autor sagrado no son los carros y caballos los que dan la fuerza (cf. *Sal* 32, 16-17), sino el «*brazo extendido*» del Señor, no es la confianza en el gran ejército, lo que asegura la victoria, sino la confianza en el Señor (cf. *Sal* 19, 8-9).

Por otra parte, las estadísticas se prestan a un doble peligro. En muchos casos si la estadística es favorable, trátase de aumento o de mantenimiento, fácilmente podemos caer en la tentación de ahorrarnos el esfuerzo de preguntarnos sobre la calidad de vida que se da en nuestras Entidades y, consciente o inconscientemente, pensamos que el resultado, numéricamente positivo, es gracias a nuestro buen hacer, por lo cual basta seguir haciendo lo que se hizo siempre. Este pensamiento, para nada franciscano, podría llevarnos a una actitud y a un comportamiento de autosuficiencia que nos impediría la colaboración con otras Entidades más necesitadas o justificaría nuestro camino paralelo al señalado por la Orden. Por el contrario, la falta de vocaciones puede crear, en quien no las tiene, un sentido de culpabilidad: no tenemos vocaciones, podemos pensar, porque no vivimos conforme a lo que hemos prometido. La falta de vocaciones también puede desembocar en un sentimiento de frustración y de resignación, basado en un *realismo asfixiante* que nos lleva a pensar: no hay nada que hacer, para qué seguir trabajando, total la tendencia a la disminución nadie la va a parar.

### **LAS CIFRAS Y LAS CAUSAS**

En el año 1973 éramos 22.888. Al cerrarse el año 2004 éramos, oficialmente, 16.493. En 31 años hemos descendido en 6.395, es decir un 27, 94%. Esta disminución es significativa, sobre todo en el grupo de hermanos con opción laical. Esta disminución, por otra parte, es fácilmente previsible que seguirá en los próximos años, debido al aumento de la edad media de los hermanos. No tengo los datos del 1973 pero a finales del año 2004 la edad media era de 56,52 años. En estos momentos hay 22 Entidades con una media superior a los 65 años.

Hay dos factores que, a mi modo de ver, influyen en la disminución del número de hermanos. Un primer factor es debido a la geografía donde mayormente estamos presentes. Hoy los Continentes que más vocaciones están dando a la vida consagrada son Asia y África. Los Hermanos Menores estamos presentes en ambos Continentes, pero nuestras presencias son, en muchos casos, jóvenes, frágiles y poco numerosas. Por otra parte nuestra presencia era muy fuerte y numéricamente lo sigue siendo todavía hoy, en Continentes como América del Norte y Europa, donde las vocaciones hoy escasean, con excepción de los países eslavos.

Junto con este dato objetivo hemos de señalar otro no menos importante: la fragilidad vocacional, que muchas veces concluye con el abandono. Los abandonos se constatan ciertamente durante la formación inicial. Pero se hacen más tristes y más preocupantes después de la profesión solemne, particularmente en los primeros años después de ésta.

### **MOTIVACIONES DE LA FRAGILIDAD VOCACIONAL**

Dada la importancia de los abandonos, es lógico que nos preguntemos: ¿A qué se deben tantos abandonos, particularmente después de la profesión solemne? Es difícil dar una respuesta

satisfactoria a esta pregunta y más difícil, todavía, ofrecer un cuadro completo de las motivaciones que llevan a un número considerable de hermanos a abandonar la Orden. Cada uno tiene su historia propia y por ello unas motivaciones personales.

Es verdad que en el mundo de hoy la fidelidad y estabilidad sufren una crisis con raíces psico-culturales. Hasta hace muy poco la permanencia formaba parte esencial de la cultura. Hoy vivimos la cultura de lo *desechable*, de la caída de las ideologías, del *zapping*, de lo *light*. Todo esto es verdad, como es verdad que nuestros jóvenes son frágiles y que les cuesta asumir opciones *para siempre*. Pero siempre hay algo mucho *más profundo* y más personal. Es verdad, también, que *la fase conclusiva* de una crisis asume generalmente la fisonomía de una relación afectiva incompatible con la opción vocacional. Es el aspecto de mayor visibilidad, pero sería simplista reducir todo el problema a un hecho de enamoramiento. Hay siempre un *antes* y el corazón vacío va en busca de afecto.

Sin negar la influencia de la cultura actual, sin embargo, pensando en eso *más profundo* y en ese *antes*, veo como causas principales de la fragilidad vocacional las siguientes: Carencia de madurez humana con áreas descubiertas tales como la identidad, la afectividad, la sexualidad; falta de motivaciones de fe, que luego se manifiesta en la debilidad de la fe, de la oración, de la vida interior...; debilidad en los procesos formativos, con la consiguiente incapacidad de actuar una personalización que ayude al hermano a apropiarse de los valores del crecimiento humano, de la fe y del carisma; y malestar en la fraternidad, que constituye el camino formativo implícito y oculto, motivado por la *cultura* fraterna poco estimulante y, a veces, poco coherente con el clima de las fraternidades de formación inicial.

### **OPCIONES PARA SOSTENER LA FIDELIDAD Y AYUDAR A LA PERSEVERANCIA**

**109.** Siendo muchas y diversas las causas de la fragilidad vocacional, muchas y diversas son las opciones que habrá que tomar si queremos sostener la fidelidad y ayudar a la perseverancia. Entre otras opciones pienso como más importantes las siguientes:

**110.** Iniciar una *reflexión*, seria y serena, sobre la vivencia de la fidelidad en todas las Entidades de la Orden. El abandono de un hermano ha de ser aprovechado por la fraternidad local y provincial o custodial para interrogarse sobre el modo de vivir la propia fidelidad, colocándose en actitud de discernimiento: ¿Estamos viviendo, o al menos intentamos vivir, conforme al Evangelio y a nuestro propio carisma? Ante la crisis de un hermano que opta por abandonarnos es lógico que nos preguntemos ¿por qué se va?, pero es igualmente necesario que nos preguntemos ¿por qué nos quedamos? ¿cómo vivimos nuestra consagración?

**111.** Invertir en el *Cuidado Pastoral de las Vocaciones*. Es esta tarea no podemos darnos descanso, *-duc in altum-*, aun cuando el momento histórico que están viviendo algunas regiones del planeta no parezca el más propicio para la pesca (cf. *Lc 5, 4*). No podemos resignarnos a morir, no podemos renunciar a anunciar la belleza de nuestra vocación y misión, si es que de verdad las valoramos hermosas. Quien ha descubierto el tesoro no puede esconderlo. Está llamado a comunicar dicho hallazgo. Dejemos al Señor los frutos, a nosotros corresponde sembrar. De esto depende mucho el futuro de la Fraternidad universal.

En este contexto hemos de trabajar para que nuestras fraternidades estén abiertas a los jóvenes para ofrecerles una rica experiencia humana, una fuerte vida cristiana, y la posibilidad de compartir la vida y misión franciscanas. Por otra parte se hace necesario que las Provincias y Custodias tengan *casas de acogida o de aspirantado*, comunidades propuesta u otras estructuras similares que aseguren el paso de la pastoral juvenil al discernimiento vocacional. Aquí cabe mu-

cha flexibilidad y mucha variedad de experiencias, lo importante es que se aseguren hermanos capaces de acompañar y que los que entren en el postulanteado hayan transcurrido algún tiempo en dichas estructuras de acogida vocacional, en las que ya se pueda hacer un primer discernimiento.

**112.** Otra opción fundamental es la de «*poner en marcha un discernimiento sereno, libre de las tentaciones del número y de la eficacia*». En tiempos de escasez es fácil caer en la tentación del número o de pensar el *reclutamiento* de nuevas vocaciones para sacar adelante las obras que tenemos. No se trata de esto. No se trata de acoger a todos, pues esto, antes o después, es muy contraproducente, ya que bajando las exigencias lo único que logramos es igualarnos en la mediocridad, con lo que ello lleva de pérdida de significatividad. Tampoco se trata de buscar simplemente la eficacia. La *significatividad* y la *visibilidad* evangélicas no dependen ni del número ni de la eficacia de nuestras obras, dependen de la calidad de vida. Por ello en el discernimiento lo que se debe anteponer a cualquier otra consideración es la respuesta a la llamada del Señor (no todos son llamados a seguirle abrazando nuestra forma de vida) y la calidad de esa respuesta, sin olvidar que la mediocridad llama a la mediocridad. Cuidando el discernimiento desde un principio nos ahorraríamos muchas energías y tal vez muchos problemas.

**113.** Se hace necesario tomar más en serio el *postulanteado*, en cuanto constituye la base de toda la formación. La etapa del postulanteado es fundamental para verificar y profundizar la vocación, particularmente en términos de madurez humana. Es una etapa fundamental para el autocoñocimiento y la autoaceptación, para tomar conciencia de la propia historia, para dar fortaleza a la vida afectiva y sexual, para verificar la salud física y psíquica..., tomando en sus manos la propia vida. Es una etapa importantísima para fortalecer la fe y la vida cristiana, lo que implica una catequesis de iniciación en la vida cristiana, en la oración personal. Es una etapa clave para hacer experiencia de acompañamiento espiritual y de la vida de fraternidad, adquiriendo una buena capacidad de relaciones humanas y de comunicación interpersonal. Hemos de evitar hacer del postulanteado un noviciado anticipado, un curso académico más, o simplemente un año caracterizado por la dispersión debido a la falta de programas adecuados.

**114.** Otra opción, considerada entre las principales, es optar por la *personalización*, como metodología formativa, de tal modo que la formación alcance la persona en profundidad. Para ello hemos de prestar atención a las motivaciones, emociones, afectos, sentimientos, el proceso de identificación con la vocación y misión franciscana, la inculturación formativa...

**115.** Esencial en la metodología formativa de personalización es el *acompañamiento espiritual y vocacional personalizado*, antes y especialmente en los primeros años después de la profesión solemne. Antes de la profesión, para posibilitar un adecuado conocimiento de sí, no sea que el yo que hace la profesión sea bien distinto del yo real, y para descubrir las verdaderas motivaciones que llevan a los candidatos a abrazar nuestra forma de vida, no sea que las motivaciones sean bien distintas a las motivaciones evangélicas. En la formación inicial ya no basta un “acompañamiento grupal”, es necesario un acompañamiento espiritual y vocacional personalizado. Después de la profesión solemne dicho acompañamiento es necesario para evitar que el recién profesado se sienta «abandonado a sí mismo» y «abandonado a su suerte», como a veces los mismos hermanos más jóvenes me confiesan. Es significativo que un gran número de abandonos se da en los primeros 5 años después de la profesión solemne, motivados, muchas veces, a causa de la falta total de un acompañamiento espiritual y vocacional personalizado. Antes y después de la profesión, el acompañamiento ha de ser siempre equilibrado entre espiritualidad y ciencias humanas, entre la comprensión y la exigencia.

En todo el proceso formativo se ha de prestar atención a unir la vida en el Espíritu, las experiencias apostólicas, la formación intelectual y la madurez humana. La vida en el Espíritu ha de



ser alimentada de la escucha de la Palabra, de la experiencia de oración personal, de la contemplación de la Cruz y de una intensa vida sacramental. Para ello hemos de invertir en la cultura de la interioridad, para dejar espacio a la acción del Espíritu en el corazón; hemos de invertir en la vida de la fe; hemos de invertir en la oración tanto personal como comunitaria. La formación ha de ayudar a despertar en nuestros jóvenes una profunda conciencia evangelizadora y misionera. Si esa conciencia es débil, fácilmente pueden surgir problemas de identidad vocacional. Para ello es necesario poner a nuestros formandos en situaciones en las que puedan hacer experiencias apostólicas, que formen su mente y su corazón a la evangelización, mediante la reflexión sobre el trabajo, el compartir y la oración; sin olvidar que las experiencias apostólicas han de ser bien preparadas, constantemente acompañadas y periódicamente evaluadas. Una formación intelectual profunda ayudará a consolidar la vocación. Para ello, sin embargo, se requiere que, junto a la seriedad de los estudios, éstos se integren dentro del camino formativo y se realicen dentro de las exigencias de nuestra vocación y misión. Finalmente, la madurez humana es esencial en un camino de fidelidad y sólo es posible cuando la persona se confronta consigo misma en profundidad, de tal modo que es capaz de reconciliarse con su propia historia, descubrir el paso de Dios por su vida, y proyectar su futuro a la luz de Dios y de sus propias experiencias.

**116.** En la consolidación de la fidelidad vocacional tiene mucho que ver la «cultura vocacional» de la Entidades y particularmente de las casas de formación. La vida ordinaria de las fraternidades de una Entidad determina fuertemente los caminos formativos y la fidelidad vocacional. Es importante, pues, asegurar fraternidades visibles en sus ritmos diarios, en el ambiente, en las relaciones. En este contexto no puede menos de afirmar que urge que demos espacio y significatividad a la vida fraterna, con todo lo que comporta, especialmente en relación al clima de fe y de amor entre los que la forman y de amor por nuestra vida y misión.

**117.** Personalmente estoy convencido que todas estas medidas no evitarán que se sigan produciendo abandonos, pero estoy igualmente convencido que, si ponemos atención a cuanto hemos señalado anteriormente, los abandonos se reducirán o al menos no tendremos tanta responsabilidad en ellos.

### Tercera parte

## ABRIRNOS CON CONFIANZA AL FUTURO

**118.** *«Vosotros tenéis una gran historia que construir».* Estas palabras de Juan Pablo II suenan a elogio y a desafío. No podemos contentarnos con cantar las glorias del pasado, ni siquiera las glorias de nuestros mártires y santos, *«no podemos conformarnos con alabar las obras de nuestros antepasados, sino que hemos de inspirarnos en ellas para hacer la parte que nos corresponde en nuestro propio tramo histórico».*

Somos hijos y hermanos de un “padre gigante”, cuyo santidad, audacia, intrepidez y creatividad han permanecido vivas a lo largo de ocho siglos y siguen vivas todavía hoy en el corazón y en la vida de muchos de nuestros hermanos. Santidad, audacia, intrepidez y creatividad que todos nosotros somos llamados *«a reproducir con valor»*, dejándonos arrastrar por el Espíritu que nos impulsa hacia el futuro y nos da la fuerza de la fidelidad creativa, para re-crear respuestas nuevas para desafíos nuevos.

En este momento histórico que nos ha tocado vivir, al igual que muchos de nuestros antepasados que, apasionados por Jesucristo y su Reino, hicieron que su vida en vez de apagarse se volviera incandescente, también nosotros, lejos de gastar energías en conservar y retener una vida

consagrada y franciscana que le falta garra y mordiente y, por lo mismo, encanto y seducción, somos llamados a permanecer fieles y actuales, de tal modo que el carisma de Francisco permanezca siendo significativo para el hombre de hoy.

Aferrarnos al pasado, añorarlo nostálgicamente, nos llevaría a una inevitable decadencia. No se trata de ser aventureros, pero tampoco se trata de ser unos nostálgicos. No hay otra alternativa para la vida consagrada y franciscana sino es la de abrirnos al Espíritu. Sólo la fuerza del Espíritu evitará la existencia entre nosotros de *vidas a medias*, de *vidas sofocadas* por la rutina y la inercia, supeditadas al funcionamiento de las estructuras. Sólo así podremos *abrirnos con confianza hacia el futuro*.

Como don del Espíritu a la Iglesia y al mundo, nuestra vida de Hermanos Menores estamos seguros que tiene futuro. Pero también es cierto que dicho futuro, en gran parte, dependerá de nosotros: si somos capaces o no de renovarla, *re-crearla*, *refundarla*; si somos capaces o no de darle un carácter testimonial y significativo.

Es urgente ponernos en camino, es hora de soñar y de actuar. Necesitamos un discernimiento lúcido y audaz de opciones personales y comunitarias que nos permitan rescatar el fundamento carismático de nuestra vida, encontrarnos con el Evangelio –ser evangelizados–, recuperar la dimensión profética de nuestra vida, y llevar el Evangelio a los hombres y mujeres de nuestro entorno.

## CONCLUSIÓN

### ¡DUC IN ALTUM!

Tal vez en estos momentos no veamos claro y la niebla nos impida ver a distancia, pero lo cierto es que el futuro nos pertenece, no por nuestro esfuerzo, sino porque es gracia que nos proviene, nos alcanza y nos relanza. El futuro nos pertenece, pues nuestra forma de vida no es un invento humano, sino un don del Espíritu, quien nos empuja hacia el futuro. Nuestra *aventura* es la aventura del Espíritu.

El tramo del camino que nos aguarda no será fácil. Por ello necesitamos recorrerlo en comunión con el Señor, en comunión entre nosotros, en comunión con la Iglesia, en comunión con todos los hombres y mujeres, nuestros hermanos y hermanas. En esta *hora de gracia* no podemos caminar solos. Nuestra vocación es *convocación*, y nuestra vida es convivir y nuestra misión es compartir, crear comunión. Responder a esta llamada es el mayor signo de credibilidad de que somos seguidores de Jesús.

Es ésta una responsabilidad que hemos de asumir con valentía y creatividad, sintiéndonos *centinelas de la mañana* y trabajando para construir un futuro lleno de esperanza. Con la confianza puesta en el Señor de la historia que camina con nosotros, pongámonos en camino. María, Madre de Jesús y Madre nuestra, será también nuestra compañera de camino, enseñándonos a ser discípulos, a seguir más de cerca a Jesús, a ser fieles al Señor, a nuestro carisma y al hombre contemporáneo. Ella, Santa María de la esperanza nos enseñará a estar al pie de la cruz y a esperar la mañana de Pascua. Francisco, nuestro Padre y hermano, *forma minorum*, quiere seguir vivo entre nosotros. El velará por cada uno de cuantos hemos abrazado su forma de vida evangélica. «*Levántate, toma tu camilla y echa a andar*» (Jn 5, 8), «*porqué os turbáis*» (Lc 24, 38), «no tenéis miedo» (Mc 16, 6), «*yo estaré con vosotros*» (Mt 28, 20). Levantémonos, pongámonos en camino con lucidez y audacia. ¡*Duc in altum!*!